

guaje sumamente ingenioso y rebosante de agudezas. A la inútil tentativa de dar forma a una materia regastada se opone la transformación auténtica llevada a cabo a nivel del texto. Puede uno preguntarse por qué Quevedo escogiera precisamente la letra L (¿inicial de «lengua»?) y el número 5 (¿símbolo de la quintaesencia, según la tradición hermética?). Lo cierto es que en nuestro episodio el lenguaje no se limita a representar una realidad, sino que la crea e inventa. En términos de estética renacentista, el procedimiento que aplica aquí Quevedo es el de la «imitación fantástica» (y no la «icástica» que «representa la realidad existente») ¹¹. A la primera se suelen asociar pintores caprichosos como Archimboldo o el Bosco, y es precisamente a éste al que alude nuestro texto ¹². En los autores barrocos, desde Torcuato Tasso a Calderón, la referencia al famoso *ut pictura poesis* a menudo coincide con una reflexión sobre el arte, esto es, sobre el propio modo de escribir ¹³. Nuestro texto, por tanto, con sus ingeniosas acrobacias, remite también a sí mismo, de tal manera que, connotativo, el sentido de la ceremonia del vestirse acaba por ser, una vez más, el lenguaje.

Los dos textos—III, 9, y III, 2—se corresponden. En el primer caso, el pasaje tiene por tema la materialización del lenguaje, que se degrada hasta asemejarse a una capa de pobre. En el segundo, el narrador nos pone frente a frente con esas capas sucias y mil veces remendadas; pero esta vez asistimos—a otro nivel—a la «espiritualización» de la materia fungible, que, al constituirse en lenguaje ingenioso, logra—en el plano literario—su «regeneración». Al poetastro y al vulgo que materializan la lengua se contraponen el verdadero artista, cuyo deber es el de reanimar la materia y cargarla de sentido.

Degeneración y regeneración: el procedimiento se repite, siendo en cierto modo cíclico. Es como si Quevedo, sastre de mucho ingenio, cortara en mil pedazos la lengua para recomponerla luego con asombrosa habilidad. O mejor dicho: su actividad de escritor se parece, más que a la de un sastre, a la misteriosa experiencia del alquimista: la palabra poética, verdadera quintaesencia, sale como renovada de su retorta, aunque, para formarla, Quevedo se sirva de los mismos desperdicios del habla, refranes, frases hechas, clisés, que son los elementos de la lengua consumidos por el uso. Desde sus primeros escritos se

¹¹ Según una sugerencia platónica (*Soph.* 266d), la estética del siglo XVI distingue la *imitación icástica* (la que reproduce elementos que existen en la realidad) y la *imitación fantástica* (la que inventa, transforma, crea). Véase E. PANOFSKY: *Idea. Contributo alla storia dell'estetica*, ed. italiana, Florencia, 1952, págs. 131-161. Esta distinción la hace también el diálogo *Il Figino* de G. COMANINI, Mantua, 1591 (en P. BAROCCHI: *Trattati d'arte del Cinquecento*, III, Bari, 1962).

¹² Quien cita a ARCHIMBOLDO como ejemplo de la «imitación fantástica» es COMANINI: *Il Figino*, edición citada, págs. 273-79. Véase también M. LEVISI: «Las figuras compuestas en Archimboldo y Quevedo», *Comparative Literature*, 20, 1968, 217-35.

¹³ Un ejemplo de CALDERÓN: *El pintor de su deshonra*. Véase nuestro estudio sobre el gracioso en esa comedia: «El gracioso en Calderón. Disparate e ingenio», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 324, junio 1977, 440-53.

complace en jugar con los clisés, al recomponer caprichosamente los materiales «muertos» de la lengua. Cuando no ataca el habla chirle o mecánica del vulgo se divierte en dar brega a los poetas cultos, personificando—como muestra muy bien Alessandro Martinengo¹⁴—sus fórmulas triviales o cosificando a los que las emplean. Véase aún aquel bizarro autorretrato, que en el fondo se reduce a una corona de juegos verbales: «Don Francisco de Quevedo, hijo de sus obras y padrastro de ajenas, dice: Que habiendo venido a su noticia las constituciones del cabildo del regodeo como cofrade que ha sido y es de la Carcajada y Risa; atento a que es hombre de bien, nacido para mal, hijo de algo para ser hombre de muchas fuerzas y de otras tantas flaquezas; puesto en tal estado que de no comer en ninguno, se cae del suyo de hambre; persona que si se hubiera echado a dormir, no faltaran mantas con la buena fama que tiene; ha echado muchas veces el pecho al agua por no tener vino [...]»¹⁵.

Como si esto no bastara, hay un tercer lugar en el *Buscón* donde se alude a un posible trueque de trajes («vestis») y lenguaje («forma»). Es cuando Pablos se encuentra por primera vez con don Toribio, el caballero chanflón, quien no tardará en iniciarle en su extraño mundo. Su descripción de la ropa que llevan puesta los mendigos constituye una verdadera apología del tema de la consunción, fenómeno que abarca toda la naturaleza, toda la realidad física y humana. A los ojos de este caballero degenerado, la humanidad entera, por consumir objetos ya mil veces utilizados, por ser de carne y materia, se convierte en un montón de desperdicios siempre de nuevo reaprovechados. Todo se presenta, pues, como un interminable proceso de *recycling*, pero lentamente degradante, degenerativo: «No hay cosa en todos nuestros cuerpos que no haya sido otra cosa y no tenga historia. *Verbi gratia*: bien ve v. m. —dijo—esta ropilla; pues primero fue gregüescos, nieta de una capa y bisnieta de un capuz, que fue en su principio, y ahora espera salir para soletas y otras cosas. Los escarpines, primero son pañizuelos, habiendo sido toallas, y antes camisas, hijas de sábanas; y después de todo, los aprovechamos para papel, y en el papel escribimos, y después

¹⁴ A. MARTINENGO, *op. cit.*, especialmente el segundo estudio, págs. 63-140. La alternancia de la personificación y de la cosificación corresponde en cierto modo al ciclo degeneración-regeneración, materialización-espiritualización, y tiene su paralelo en el símbolo alquímico (luna-sol, azufre-azogue, etcétera), «finis corruptionis et principium generationis».

La familiaridad que tuvo QUEVEDO con el mundo de la alquimia se muestra continuamente. Cfr. *La hora de todos y la fortuna con seso*, ed. de L. LÓPEZ-GRIGERA, Madrid, 1975, págs. 138-43; *Libro de todas las cosas y otras muchas más*, en F. DE QUEVEDO: *Obras satíricas y festivas*, Madrid, Espasa-Calpe [s. a.], págs. 138-43 (Clásicos Castellanos). QUEVEDO mismo emplea metafóricamente el término «quinta esencia»: «algo que está retirado en estas palabras de los santos», «la quinta esencia del ámbar suya», etc. (*Sobre las palabras que dijo Cristo a su Santísima Madre en las Bodas de Caná de Galilea*, en B, pág. 1155b.)

¹⁵ B, págs. 88-89a. Muy parecida la *Carta a la Rectora del Colegio de las Virgenes*, B, pág. 90.

hacemos del polvos para resucitar los zapatos, que, de incurables, los he visto hacer revivir con semejantes medicamentos»¹⁶.

Nótese, ante todo, el procedimiento que hace metamorfosearse una capa en calzones y éstos en pedacitos cada vez más ralos y menudos. Análogamente, los pañuelos, tras de haber sido toalla, camisa o sábana, acaban por degradarse a escarpines, que, sin embargo, aún pueden servir de papel. Hasta la escritura, dentro de este ciclo de actividades, no es más que una fase entre otras. Con las metáforas «hijas, nietas, bisnietas», que aportan un elemento humano y la personificación, el proceso degenerativo parece extenderse a los hombres: la historia de una pieza de tejido se convierte en alegoría de la humanidad. Trajes, hombres, letras: todo se mueve en el mismo giro infernal, puesto que a cada regeneración corresponde una degeneración.

Y considérese ahora la vida del Buscón: Pablos, el pícaro ambicioso e iluso, parece olvidar que es hijo de un ladrón y de una alcahueta. Los padres, ya corruptos, y afectados por las consecuencias de ese proceso degenerativo que los teólogos explicarían como consecuencia del pecado original¹⁷, siguen engendrando hijos dándoles la misma carne enferma, frágil, corrupta. La humanidad, vista así—es un concepto antiguo y tradicional—se nos aparece vieja y podrida, como una realidad hecha a su vez de remiendos¹⁸.

Pero el autor del *Buscón* no se contenta con criticar así a la humanidad. Su tendencia a la parodia le lleva a pintarnos las más increíbles imágenes de consunción. Así, un episodio de antropofagia resultaría, por cierto, disgustoso si su comicidad grotesca, acentuada por un lenguaje que lo sobrepaja todo, no le quitara de antemano toda punta de agresividad. Me refiero—por supuesto—al episodio de los pasteles «de a cuatro», que dicen de descuartizados, según exige el juego verbal¹⁹. La invención es mucho más que un extravagante juego de palabras, puesto que culmina en ella una interpretación a la vez pesimista y caricaturesca de la realidad. La materia—quiere insinuar Quevedo, acordándose de una sugerencia senequista y quizá, una vez más, de la pintura del Bosco—se consume a sí misma²⁰. El hombre en su ceguera no ve cómo va pre-

¹⁶ LC, pág. 158.

¹⁷ Excluimos, por supuesto, en este párrafo la visión teológica de la miseria humana. Para QUEVEDO, filósofo estoico-cristiano, el hombre no solamente tiene su miseria, sino también su dignidad. Léase a este propósito su *Homilía a la SS. Trinidad*, con las consideraciones sobre el bautismo que es *regeneración*: «[...] que enseña el bautismo a todos a renacer, a desnudarse del hombre primero, y a vestirse de Cristo; a limpiarse del pecado, y a adornarse de la gracia; a dejar uno de ser el que nació, y empezar a ser el que renace; a remudar la descendencia infecta por la culpa, por la soberana genealogía que se deriva del agua y del Espíritu Santo, con el nombre del Padre y del Hijo» (B, pág. 1159).

¹⁸ Cfr. DANTE: *Paraíso*, VII, vv. 25-33; 145-48.

¹⁹ *Buscón*, II, cap. IV (LC, pág. 139).

²⁰ Compárese SENECA: *Ad Marciam de consolatione*, XI, 3; XXIII, 4. Comenta estos pasajes